

# **La confianza en Dios**

Louis CHAUDIER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

|                                                                                           |   |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|---|
| 1 - La dificultad de confiarse en Dios, incluso para el cristiano . . . . .               | 3 |
| 2 - La desconfianza hacia Dios está relacionada con la caída . . . . .                    | 4 |
| 3 - La confianza en Dios es un tema práctico que debería ocupar nuestra vida . . . . .    | 4 |
| 4 - Grandes lecciones extraídas del libro de Jeremías . . . . .                           | 5 |
| 5 - Una aplicación segura para un pobre pecador ( <a href="#">Jer. 17:5-7</a> ) . . . . . | 5 |
| 6 - Una aplicación para toda la vida cristiana ( <a href="#">Jer. 17:5-7</a> ) . . . . .  | 6 |
| 7 - El primero es el de Ebed-melec, el etíope. ¡Un etíope! . . . . .                      | 7 |
| 8 - Luego tenemos el ejemplo de Baruc . . . . .                                           | 9 |
| 9 - Las lecciones de <a href="#">Juan 11</a> , el ejemplo del Señor Jesús . . . . .       | 9 |

Domingo por la tarde, 22 de octubre de 1950

Jeremías 17:5-10, 12-14, 17; 38:7-13; 39:15-18; 45

Juan 11:8-9, 13-15, 41-44

Filipenses 2:5-11

## 1 - La dificultad de confiarse en Dios, incluso para el cristiano

En lo que hemos leído en Jeremías, tenemos declaraciones relativas a la confianza en Dios. Es difícil confiarse en Dios, muy difícil. Cuando Dios, que es fiel, nos coloca en situaciones en las que nos obliga a confiar en él, nos sorprende ver cuánto confiarse en Dios es un estado prácticamente ajeno a nuestra alma. Es muy humillante.

La Palabra contiene innumerables pasajes sobre la confianza en Dios. Son puntos de la Palabra de Dios esenciales para la vida del alma. No son puntos doctrinales. La doctrina puede ayudar a alguien a conocer a Dios y a confiar en Él. Lo hace, como toda verdad. Toda la verdad es buena, la verdad de Dios es la única. La verdad viene de Dios y nos une a Dios. Pero una verdad, en la práctica, solo tiene valor si lleva al corazón que la capta a apoyarse en Dios un poco mejor, después de haberla recibido que antes. Es muy difícil confiarse en Dios.

Podríamos recordar muchos pasajes, y en particular este versículo, que conocemos bien, de **Salmos 16:1**: «Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado». A menudo decimos: Guárdame, oh Dios, y podemos orar bien esta oración. Pero si añadiéramos: «Porque en ti he confiado», a menudo nos veríamos obligados a decir que somos mentirosos. Deseamos mucho que Dios nos guarde, pero debemos poder citar todo el versículo, que se aplica de manera absoluta a Cristo, como todo el **Salmo 16**. Esta aplicación no es inventada; se hace en el Nuevo Testamento.

Entonces, cuando le decimos a Dios: «Guárdame, oh Dios», ¿podemos completar el versículo? Esto se relaciona con el pensamiento de la Epístola de Santiago, que dice: «Pero pida con fe, sin ninguna duda» (1:6). ¿Qué demuestra alguien que no pide con fe? Que su corazón tiene su confianza en otro lugar que no sea Dios.

## **2 - La desconfianza hacia Dios está relacionada con la caída**

Una consecuencia de la caída fue arrojar en el corazón del hombre –en nuestro corazón, y no solo en el de los paganos y los mundanos– la desconfianza hacia Dios. Desconfiamos de Dios. Confiamos en nuestra fortuna, inteligencia, sabiduría, piedad, devoción, amigos, en un hombre, pero no en Dios. Debemos reconocer ante Dios que, después de todo, las cosas no están del todo en orden. Si las cosas estuvieran en orden, deberíamos apoyarnos primero en Dios para todo, para todas las cosas, para ganarnos la vida, para la salud, etc. Todos sabemos bien lo que hacemos y, con ello, nos creemos muy buenos cristianos, cristianos modelo. Y pensamos que no hay nadie mejor que nosotros, ¡que nunca ha habido nadie mejor que nosotros!

«Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado»: si no podemos decir el final del versículo, el alma no es recta. Esto sucede a menudo.

Por eso Dios no siempre responde. Si nuestra confianza estuviera en Dios, y solo en Dios, sin importar nuestra angustia, él respondería.

## **3 - La confianza en Dios es un tema práctico que debería ocupar nuestra vida**

El cristianismo práctico es algo abrumador. Y el cristianismo que no es práctico no vale nada en los ojos de Dios. Al contrario, es un pecado. Dios quiere que haya verdad en nuestra vida. Por eso nos hace pasar por el fuego. Cuando ve que lo que no es verdad invade y estropea todo, nos hace pasar por el fuego de la prueba. Quema todo lo que nos incomoda.

Hay muchos otros pasajes, innumerables, que nos hablan de la confianza. La confianza no es un tema de estudio, pero es un tema que debe ocuparnos toda la vida, un tema que debe llenar el alma. La Palabra nos da, sobre este tema, muchas exhortaciones y ejemplos, y el de Cristo en primer lugar. Este es el único hombre que confió en Dios. Lo que hace que la escena de la cruz sea tan extraordinaria es que el único hombre que confió en Dios, precisamente aquel cuya confianza era total, tuvo que ser abandonado por Dios. Y el abandono tuvo que ser total, porque tomó la causa del hombre perverso, del hombre que desconfía de Dios.

Encontramos que: «Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre» (comp. Sal. 125:1). Un monte no se mueve. Si confiáramos en Dios sin cesar, si nuestra alma estuviera en este estado de confianza solo en Dios, nada nos sacudiría.

Que Dios nos dé hacer grandes progresos. Es mucho mejor alguien que no sabe nada de la doctrina cristiana, pero que conoce a Dios, que puede decir: Conozco a Dios; he pasado por eso, Dios me ha ayudado; sé lo que es apoyarme en Dios; en tal circunstancia, Dios me ha bastado.

¿Tenemos circunstancias de este tipo en nuestra vida? Si no las tenemos, ¿qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho entonces con Dios, con ese Dios que nos ha llevado a conocerlo? ¿Qué lugar le hemos dado en nuestro corazón? ¡Decimos que amamos a Dios y desconfiamos de él!

Algo extraordinario y notable es que la confianza en Dios brilla precisamente cuando es difícil.

El Señor, como hombre, se apoyó constantemente en Dios, soportó todo como hombre y, como hombre, tuvo una confianza perfecta en Dios.

## 4 - Grandes lecciones extraídas del libro de Jeremías

En el libro de Jeremías, que es un libro extremadamente hermoso, vemos, en el capítulo 17 entre otros, los sentimientos de un hombre creyente que ama a Dios y a los fieles. Dice: «Maldito el varón que confía en el hombre» y, más adelante, «bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová» (v. 5, 7). He aquí una maldición y he aquí una bendición.

## 5 - Una aplicación segura para un pobre pecador (Jer. 17:5-7)

Si hay un pobre pecador que no se haya convertido y que se confía en el hombre, en lo que el hombre enseña, en los medios de salvación que los hombres han inventado, ellos que dicen a los pobres pecadores: “Confíen en sus buenas obras, confíen en ustedes mismos”; Dios le dice: «Maldito el varón que confía en el hombre». Es una

confianza mal colocada la confianza en uno mismo para lograr su propia salvación.

Pero «bendito el varón que confía en Jehová». El creyente confía en Dios para la salvación de su alma. Ha comprendido el medio que Dios ofrece: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna»; «la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (comp. [Juan 3:36](#) y [1 Juan 1:7](#)). Para un pecador que cree esto, la fe que tiene equivale a la declaración: “No confío en mí ni en mis buenas obras; sino que confío en Dios, en la sangre de Cristo”. Y esta es la confianza básica de la vida cristiana. Sin esto, no hay cristianismo.

Así, estos versículos se aplican muy bien a la salvación del alma. Pero van mucho más allá y son muy importantes para la vida cristiana práctica. Sobre este punto quería decir algunas palabras.

## **6 - Una aplicación para toda la vida cristiana ([Jer. 17:5-7](#))**

Queridos amigos cristianos, hermanos, hermanas, recordemos lo que Dios dice: «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo». El cuerpo es el hombre. Dios mismo nos dice que no confía en el hombre: «No se complace en la agilidad del hombre» (Sal 147:10). No necesita su inteligencia, su celo. Dios no necesita a nadie. Todo el mundo necesita de Él, mientras que nos quieren hacer creer lo contrario. Vemos a hombres que se esfuerzan por vivir sin Dios y prescindir de él, cuando nadie puede prescindir de él, y Dios podría prescindir de todos.

«Maldito el varón que confía en el hombre», esto va muy lejos. ¿Nos apoyamos en el hombre o en Dios en nuestras circunstancias?

«Bendito el varón que confía en Jehová». Les ocurre a ustedes una circunstancia difícil. Puede llamar a todos sus vecinos, a todos sus amigos, a todo el mundo; no podrán hacer nada para cambiar su circunstancia, para cambiar su dolor en gozo, su pena en júbilo. Nadie en el mundo, ni siquiera todos los cristianos del mundo, pueden hacer nada por sus circunstancias. No pueden, por sí mismos, cambiar la voluntad propia de un hombre en obediencia a Dios, su odio contra Dios en amor por Cristo. Nadie puede hacer eso en el mundo. Si llama a los cristianos, pueden orar por ustedes, para que Dios haga este trabajo en su alma, el único que importa. Pero cuántas veces nos apoyamos en todo tipo de ayuda y dejamos a Dios de lado.

¿Es Dios insensible a esta ofensa? Él siente todas las ofensas. Es una ofensa hacia Dios confiarse en el hombre. Y digo esto sintiendo, por mí mismo, lo difícil que es confiarse en Dios.

Cuando nos ocurre una dificultad, nuestro primer impulso, es decir: “¿Señor, eso es todo lo que hay, exactamente todo? En ti pienso; te traigo esto.” Ese es un testimonio práctico de la confianza en Dios. En cambio, si buscan otros apoyos, dejan al Señor de lado y la confianza de ustedes no está en Él. Y si acude a hermanos o hermanas, para que oren o para que Dios le den esa confianza que hace que no haya nada entre Dios y el alma. ¡Ah!, si confiáramos en Dios en todas las cosas! Hay que confiar en Dios cuando es difícil. De hecho, siempre es difícil confiar en Dios. Encontramos: «Esperad en él [en Jehová] en todo tiempo», (Sal. 62:8), cuando el cielo está sereno como cuando ruge la tormenta. Cuando llega la prueba, la angustia, ¡ah, pensamos en Dios! Pero hay tantos intermediarios que se han colado entre el corazón y Dios, que la confianza en Dios está, en definitiva, muy lejos, y hay que hacerla subir a la superficie del corazón, a costa de muchos ejercicios.

Es difícil, queridos amigos, confiar en Dios. Pero Dios lo sabe. Dios tiene en cuenta la confianza de los suyos, y solo eso le agrada.

Dios nos habla, queridos amigos, a unos y a otros. Y a veces nos envía una circunstancia difícil, porque hemos caído en un estado de letargo en el que Dios no tiene cabida en nuestra alma. Nos envía una prueba para despertarnos, para hacernos decir: ¿Dónde había puesto a Dios? ¡Y me atrevía a decir que confiaba en él!

Cuando confiamos en Dios, no nos agitamos. Es serio apoyarse en Dios. Es solemne tratar de darle a Dios el primer lugar. No digo que lo hagamos. Que Dios nos haga progresar en este estado. Pero apoyarse en Dios, no apoyarse en apoyos que todos amamos, siempre es agotador.

En Jeremías, tenemos 2 ejemplos que a menudo me han reconfortado, queridos amigos.

## **7 - El primero es el de Ebed-melec, el etíope. ¡Un etíope!**

Dios elige a este hombre, que no era favorecido en Israel, y lo designa así para mostrar que este hombre, que, a priori, no había sido instruido como los israelitas, brilla

por su confianza en Dios. Vemos a Ebed-melec actuar; y, después, Dios dice: «Porque tuviste confianza en mí» (cap. 39:18). ¿Qué había hecho? Puso su vida en sus manos. Podría haber dicho de Jeremías: ¡Es solo un profeta! Vio a Jeremías siendo puesto en la fosa (porque en aquel tiempo se ponía a los profetas en la fosa... y se ha seguido haciendo) porque anunciaba la Palabra de Jehová: Jerusalén será tomada; ríndanse a los caldeos. De hecho, Dios había decidido barrer a su pueblo de su tierra, porque había pecado tanto.

Jeremías habló durante quizás más de 40 años; ¡40 años de sufrimiento! Se mantiene firme y dice siempre lo que Dios le hace decir. Cansados de la guerra, se apoderan de él y lo meten en la fosa. Lo que hace que la situación sea solemne es que se condena a Dios, al condenar a Jeremías.

Ebed-melec se interesa por Jeremías. Y, a costa de su vida, este etíope, hombre sin influencia, se dirige al rey y dice: Es malo hacer morir a Jeremías. Se esfuerza por sacar a Jeremías de la fosa.

Si los príncipes, que habían arrojado a Jeremías a la fosa, hubieran visto esto, Ebed-melec arriesgaba su vida. Pero cuando Jerusalén fue tomada, porque lo fue, Dios no olvidó nada. Por eso encontramos lo que hemos leído. Dios hace que Jeremías transmita su mensaje a Ebed-melec. Son palabras de gran belleza. Dios no pierde nada, registra todo, recuerda todo, todo lo que él ha producido en los suyos. Son palabras extremadamente hermosas: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos...» (cap. 39:16).

Ebed-melec no era un héroe. Dios mismo dijo que tenía miedo. No tenía una energía natural tal que no sintiera nada. Y Dios le dijo: «En aquel día yo te libraré... te libraré... que tu vida te será por botín, porque tuviste confianza en mí, dice Jehová» (cap. 39:17-18).

Queridos amigos, es hermoso ver que Dios atribuye a los suyos lo que les hace hacer. Les atribuye como una bendición los frutos de la gracia que obra en ellos. Dios sabe en qué confiamos. Muchos siervos de Dios, que han anunciado que este es un mundo condenado, perdido, y la cristiandad misma, ¡han tenido que soportar la muerte por ello! Pero llegará el día en que se les dará la recompensa por su fidelidad, no en la tierra, como aquí en Israel, sino en vida y gloria eternas. Dios lleva bien sus cuentas. Él conoce a los que confían en él: «Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (comp. 2 Crón. 16:9). Y los ojos de Jehová son ese conocimiento perfecto que Dios tiene de todo lo que sucede en los corazones de todos los hombres, a cada instante: «Los ojos

de Jehová contemplan toda la tierra».

Que nos sea dado confiar en Dios para todo. ¿Tenemos una prueba? Que nos sea dado pensar en Dios, gritar a Dios. ¿Es una prueba para la que no nos atrevemos a pedir ayuda, incluso a nuestros hermanos y hermanas? Clamemos a Dios; oremos a Dios; pidámosle a Dios que nos dé la confianza en Él. «Todo es posible al que cree» (comp. [Marcos 9:23](#)); todo, absolutamente todo.

¿Tienen ustedes situaciones, circunstancias inextricables? ¿Nadie puede hacer nada? ¿No saben cómo salir de ellas? Ore a Dios. Solo se necesita fe. Nuestra fe está en cuestión.

Por eso podemos orar todos los días para que Dios nos dé fe en el transcurso de nuestra vida cotidiana, en el cumplimiento de nuestra humilde tarea diaria. No debemos hacerlo sin Dios, sino contar con Dios. Y, en las circunstancias más notables, tendremos a Dios con nosotros.

## 8 - Luego tenemos el ejemplo de Baruc

Sufrió mucho porque no estaba a la altura. Pero el bien del pueblo le importaba. Jeremías sufrió mucho porque su corazón estaba con el pueblo. Y Dios le dijo: Lo consumiré; su historia ha terminado. Era terrible, para un hombre de Dios como Jeremías, verse obligado a decir él mismo, en nombre de Dios, al pueblo que amaba con todo su corazón: Se acabó; el juicio está ahí.

Todo el libro de Jeremías, y más aún las Lamentaciones, expresan algo de este profundo dolor de Jeremías.

A Baruc, Dios también le dice: «Te daré tu vida por botín» ([Jer. 45:5](#)). Baruc estuvo con Jeremías; tuvo su vida por botín.

## 9 - Las lecciones de Juan 11, el ejemplo del Señor Jesús

Que Dios nos dé de imitar la confianza de nuestro Señor Jesucristo.

Es algo profundo **la confianza en Dios**, confiar en Dios todos los días. De lo contra-

rio, confiamos en nosotros mismos. ¡Cuántas veces confiamos en nosotros mismos! Voy a hacer esto, establecer mi plan, ver, reflexionar. Recorro a mi sabiduría, a mi conocimiento, tal vez a mi piedad. Podemos confiar en todo lo que es de nosotros mismos, y no en Dios.

Una segunda virtud cristiana, de la que quería hablar para proponerla como tema de meditación, se pone de manifiesto en [Juan 11](#): **la dependencia**. El Señor muestra una dependencia absoluta. La dependencia consiste en buscar el deseo de Dios antes de hacer cualquier cosa.

¡Cuántas veces hacemos lo contrario! Tomamos una decisión en nuestro corazón; se transforma en un acto en nuestra vida; y luego decimos: Señor, bendíceme. Es decir, bendice lo que he hecho; es decir, en el fondo, bendice mi propio deseo. ¡Así es como entendemos las cosas! Es lo contrario de la dependencia; es, por tanto, la independencia; mientras que la dependencia queda bien ilustrada por la actitud del Señor ante la muerte de Lázaro. Lázaro estaba enfermo. El Señor lo sabía; pero se quedó donde estaba, 3 días, sin moverse. Todos, los judíos, los discípulos y Marta, incluso María actuaron como si quisieran sacar al Señor de esta dependencia absoluta que era la suya.

El Señor no tenía ningún mandato de su Padre. Por eso, no dio un paso. Sabía que Lázaro estaba enfermo, pero no dio un paso. Le reprocharon: «¡Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano!» ([Juan 11:21, 32](#)). La dependencia siempre recibirá reproches de la independencia. Estos pobres discípulos eran muy carnales, como nosotros. Hicieron sufrir al Señor. Sin embargo, en su gracia, les dijo: «Habéis permanecido conmigo en mis pruebas» ([Lucas 22:28](#)).

He aquí la dependencia: el Señor no da un paso. Es difícil, queridos amigos, cuando uno sabe que podría hacer algo, no hacerlo; es muy difícil.

¿Qué resultó de esta absoluta dependencia del Señor? Bueno, todo el mundo sabía que curaba a los enfermos. Y se vio, debido a su dependencia, que podía resucitar a un muerto. Resucitar a un muerto es diferente a curar a un enfermo. ¡Es diferente, para la gloria de Dios! Por eso el Señor dice: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios» ([Juan 11:4](#)). Si dependemos del Señor, en las cosas pequeñas y en las grandes, glorificaremos a Dios. Pero a menudo nos agitamos cuando nos sucede algo, en lugar de detenernos en lo que el Señor quiere. Es cierto que quizás estemos tan poco acostumbrados a consultar al Señor que no oímos su voz cuando habla, excepto cuando nos habla muy fuerte, cuando nos obliga a detenernos. Si estuviéramos acostumbrados a oír la voz del Señor, diríamos: Aquí, el

Señor me detiene; lo siento, siento que quiere que espere; no doy un paso, me quedo quieto; y luego, él me abre la puerta, y sigo adelante. El Señor le dice a Filadelfia: «He puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar» (comp. [Apoc. 3:8](#)).

¡Solo tendríamos que depender del Señor! Por desgracia, basta con ver lo que hacemos para darnos cuenta de lo lejos que estamos de lo que el Señor espera de nosotros en nuestra vida cotidiana y, con mayor razón, en circunstancias graves. Miramos 10 años atrás y decimos: “Si hubiera permanecido tranquilo, Señor, me habría ahorrado tal agitación, tal sufrimiento que no solo fueron en vano, sino que fueron una desobediencia”.

Eso es la dependencia: esperar a que el Señor nos diga que actuemos. Él no dice nada, entonces no hacemos nada. Eso es lo que el Señor hacía, absolutamente, perfectamente. Mientras que nosotros, muy a menudo hacemos lo contrario, invocando el nombre del Señor. Y luego decimos: Señor, bendícenos, cuando deberíamos decir: Señor, hemos desobedecido; no esperábamos en ti. Esto va muy lejos. Pero si somos cristianos solo para el cielo, no vale la pena hablar de cristianismo práctico. Si solo somos cristianos para el cielo, si nos conformamos con conocer a Jesús simplemente para el cielo, hagamos abiertamente lo que nos plazca y no invoquemos el nombre de Aquel que murió, no solo para salvarnos, sino también para que vivamos para Él.

Un tercer punto ***es la obediencia***. El examen de estas 3 virtudes cristianas no es obra del doctor cristiano, sino de la piedad y la fe. Y sin duda se encontrará ante el tribunal de Cristo que tal hermano desconocido o tal hermana anciana desconocida, o que un cristiano vivo en cualquier lugar habrá practicado estas 3 virtudes cristianas mucho más que nosotros, que sabemos muchas cosas y no las vivimos.

La confianza en Dios, la dependencia de Dios, el obedecer al Señor en los detalles, en nuestra vida práctica, cuando estamos ante los hombres, cuando estamos ante los hermanos, en las reuniones, depender del Señor y del Espíritu Santo en las cosas pequeñas... Si lo hiciéramos, llenaríamos el corazón de Cristo de gozo; y, para nosotros, sería el cielo en la tierra.

Que el Señor nos ejercite, a unos y a otros, para deshacernos de esas mentiras que constituyen las apariencias con las que nos conformamos la mayor parte del tiempo y para aprender, en comunión con nuestro amado Salvador, el tesoro de nuestro corazón, nuestra vida eterna, lo que es seguirle en esta pobre tierra. Quizá mañana ya no tengamos el privilegio de poder hacerlo.